

EL VOTO Y EL INFINITO

CADA día encuentro alguien que me cuenta su perplejidad. Se mira en la mía. Como dos espejos que puestos frente a frente reflejan el infinito. El infinito y el absoluto son palabras muy españolas. Tratamos de colocárselas a todo: al señor Carrillo, al señor Suárez y al general Prieto. La contradicción que hay en estas incompatibilidades nos deja perplejos. Quizá en los otros países de nuestro contexto se ha ido llegando con más gradación a la reducción de los dioses en la vida diaria. España tiene demasiado cerca la cuestión del franquismo, que impregna a amigos y enemigos con una misma materia. El franquismo tenía una poderosa fuerza de irracionalidad, porque se basaba en la perpetuidad, en lo inmutable, en la inmortalidad.

Desplazar esos factores a las urnas y a los partidos políticos, a los pequeños diputados y a los austeros senadores, es un trabajo tan difícil como inútil. Produce la perplejidad. Cuando el español vota, y lo va haciendo con una considerable frecuencia, termina por creerse que es Franco determinando el destino de España —y el del mundo, por qué no— por el hecho de expresar su voluntad. No olvidemos que el acto de votar ha sido también mitificado por los filósofos de la democracia y dotado de un énfasis especial, cuando en realidad su grandeza la tiene en su humildad: sumarse a unos millones de conciudadanos, ser una pequeñísima parte de su voluntad.

La actitud del español cada vez que se acercan elecciones es, probablemente, excesiva. Es un problema de falta de costumbre, de experiencia; y un peso de la vocación de infinito y de absoluto. Se insiste demasiado en lo del "día histórico" y en la "decisión trascendental". La realidad es que unas Cortes se eligen para cuatro años, que son muy susceptibles de acortarse como ha pasado con las últimas, que han durado unos meses.

Si se consigue llegar a esta sencillez de conceptos, la perplejidad va desapareciendo. Habrá que prescindir de la idea absoluta del partido político, que nos debe representar absolutamente; de la del líder político que es la imagen empuñada de un dios, y de la de nosotros mismos como proyectores de infinito. Un hombre que vota elige la opción que le parece más adecuada para el momento presente, el político que cree que debe mejor representarle a él y servir al conjunto del país desde el Gobierno o desde la oposición. La sed de infinito y absoluto sólo podrían conseguirse votándose a sí mismo, gracia prodigiosa que sólo está al alcance de unos cuantos. Puede uno imaginarse al señor Suárez votando al señor Suárez como el protagonista de un éxtasis místico. Fuera de estos privilegiados, los demás ciudadanos debemos saber que no nos votamos a nosotros mismos: que no hay un solo partido político o un solo candidato que sea idéntico a nosotros. Y que, finalmente, cuatro años son sólo cuatro años. Y que tendremos algunas ocasiones a lo largo de nuestra vida de rectificar si las cosas no suceden como creíamos en el momento de votar. Se elige aquí y ahora, para los temas de aquí y de ahora. Nadie elige a nadie para toda la vida, ni con la intención de que nos salve. Cuando votamos, nos estamos salvando de los salvadores, que suelen ser duros y catastróficos. No se escala una montaña —dicen los montañeros— mirando la cumbre lejana, sino el palmo de tierra que tenemos delante de nosotros.

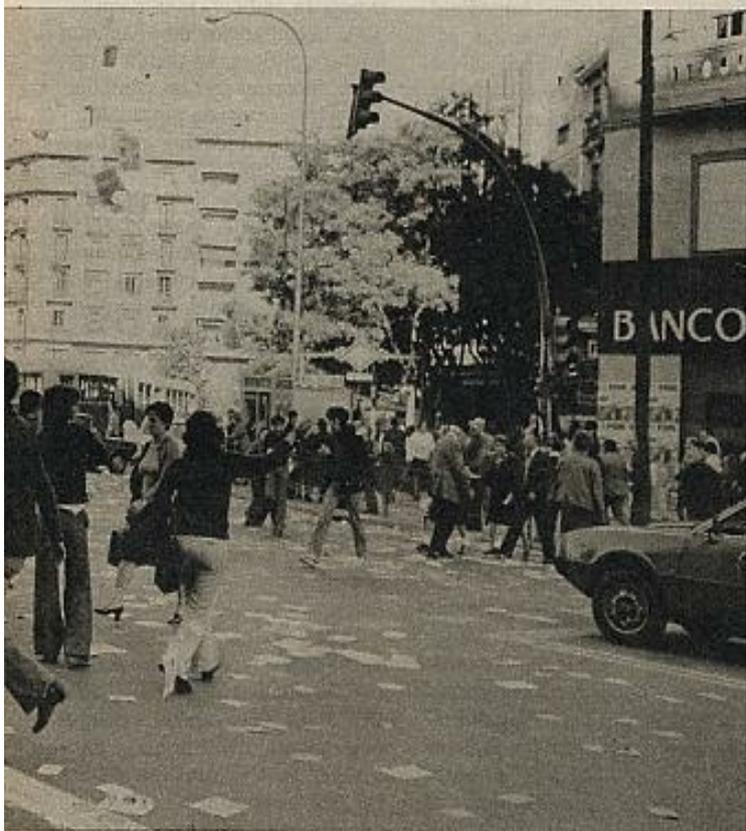
Puede ocurrir que así perdamos un poco de esta perplejidad que nos está angustiando, y que huyamos de esa actitud que en el fondo no es más que una decepción de nosotros mismos: la abstención. ■

POZUELO

que decir cómo se ha de hacer cada cosa y con qué intenciones futuras. Los partidos que así lo hicieran podrían exponerse a perder votos de los disconformes con el programa y a ganarlos de quienes vieran con claridad lo que se les ofrecía y las garantías de cumplirlo. La intrusión de la publicidad profesional, las técnicas de la publicidad comercial, se han infiltrado tanto en la política que terminan por crear una idea indiferenciada de los partidos políticos.

INTERESA, en todo caso, luchar contra las abstenciones. La abstención no es algo de qué acusar a quien la practica, que generalmente no es más que una víctima de la falta de perspectivas, de la falta de atractivo de políticos y candidatos. Es más claro que hay que acusar a quienes la fomentan, por quererla evitar, a quienes practican ese electoralismo de la ambigüedad, de lo que ya condenaba el clásico: "Por ser con todos leal, ser para todos traidor". El ciudadano tiene que elegir, y es una obligación; pero el partido político y el dirigente tienen que elegir previamente. La sonrisa y el maquillaje, la frase brillante y la promesa general, son vicios democráticos difíciles de desterrar, pero que en las circunstancias peculiares de España en estos momentos ayudarían mucho a que el elector saliera de su estupor y a que la democracia tuviera un semblante claro.

ESTA es una tarea especial para los partidos de la izquierda. No pueden hurtarse a ella. Llevan ya años siendo víctimas de su oscuridad; no deberían continuar en ella.



que, generalmente, no es más que una víctima de la falta de perspectiva, de la políticos y candidatos.